
LOS HABITANTES DEL AIRE

Camilo José Cela
Premio Nobel de Literatura

CUANDO era niño pequeño emparentaba a los ángeles del cielo con los aviadores, a las ánimas del purgatorio con los montañeros del alto risco y a los espeleólogos con el demonio del infierno, con Pedro Botero el de la calde-

ra de pez escaldadora y en llamas; esta ubicación casi geométrica servía muy bien a mis fines sentimentales, a mis devociones e incluso a mis pasmos, mis dengues y mis espantos, y me sentía feliz imaginándome un universo ordenado con arreglo a las más rigurosas normas espiritualmente matemáticas. Los niños, a veces, atisban en sus ingenuas lucubraciones un admirable y sereno equilibrio punto menos que perfecto.

Hoy, que amanece el día soleado, fresco y con una ligera brisa acariciadora y espabiladora columpiándose en las más altas ramas, quisiera hablar de los aviones, con su nombre de pájaro zigzagueante, y de los aviadores, esas angélicas libélulas a motor que vuelan sobre nuestras cabezas y a los que miramos, con muy rara curiosidad, cada vez que pasan por el cielo con sus rumbos misteriosos y previstos pero, para nosotros, ignorados e incluso milagrosos. Avión es palabra vieja en nuestra lengua y ya en el siglo XIV, el Príncipe Don Juan Manuel, en *El Conde Lucanor* o *Libro de Patronio*, llama avión al vencejo, aunque tampoco sea del todo el vencejo, ese también pariente de la golondrina, el avecica que todos respetamos porque le quitó las espigas de la corona a Nuestro Señor Jesucristo cuando agonizaba en la cruz*. Hoy la gente ya no distingue con tanta precisión a las criaturas que se sostienen en el aire y lla-

*Los sabios llaman *delichon urbica* al avión, que es el más pequeño de los tres pajaritos, *apus apus* al vencejo, que es algo mayor, e *hirundo rustica* a la golondrina, que puede medir cerca del palmo.



A los lectores de la Revista de Aeronáutica y Astronáutica,
muy cordialmente,

Camilo José Cela
MCMXCVII.

ma avión, salvo excepciones, al aeroplano, ese invento para mirar el mundo por debajo del hombre o, como suele decirse, a vista de pájaro.

El ser humano se acostumbra a todo, es bien sabido, pero la ley de la gravedad pesa sobre las conciencias e incluso sobre los usos y las leyes, con muy firme y descarada presencia.

—¿Usted quiere decir que el hombre se resiste a copiar al pájaro?

—No; los hombres son bestezuelas muy variadas y los hay que se creen águilas o gaviotas o verdoles, es cierto, pero también los hay que se piensan no más que gato de tejado o perro perdiguero o chivo expiatorio: eso va en familias, en gustos e incluso en ideas políticas.

Pensando en que, según se dice, más estrecha es la historia que la oratoria, me convalidaría recapitular ahora sobre mis parientes aviadores, que no son muchos pero sí algunos y de grata memoria: entre los míos hubo algunos, todos militares y todos guerreros, quiero decir que todos estuvieron en la guerra, en alguna guerra. Mi tío John Trulock, el hermano mayor de mi madre, fue uno de los trece fundadores de la R.A.F., de la Royal Air Force inglesa, y quedó ciego en la guerra del 14, lo derribaron sobre Holanda y no se mató pero se quedó ciego; John era un poco el héroe familiar y el espejo en el que todos nos mirábamos. Algunos viejos aviadores españoles me hablaban de John con cariño y me decían que habían aprendido a volar con él. Creo que fue mi amigo el general Vives Camino quien se me lamentaba de que John hubiera muerto en accidente y en aguas de Gibraltar; lo saqué de su error, cosa que me costó algún trabajo porque no me creía, pero al final lo convencí de lo que era verdad: que John había muerto en la cama, en Londres y en 1937.

Ml primo Fernando Pérez Cella también fue aviador, empezó la guerra de capitán y se retiró de coronel unos años más tarde; Fernando estuvo destinado algún tiempo en Río de Oro, él fue quien encontró a Antoine de Saint-Exupéry, el piloto de la compañía Latécoère que trabajó una temporada para los españoles, cuando se quedó sin combustible y tuvo que hacer un aterrizaje forzoso más allá del paraje que dicen —o que decían— la Alcazabita de los Huesos. Fernando era bastante mayor que yo, el más joven de

los Pérez Cella, José Luis, que fue marino de guerra, era mayor que mi madre, y nosotros sus primos pequeños, lo mirábamos con estupor cuando nos contaba sus hazañas por el aire, nos daba un real para que le escuchásemos; él no sabía que Saint-Exupéry fuera escritor importante y cuando se lo dije se quedó muy pensativo.

—¡A mí ya me parecía un poco raro!

TAMBIÉN primo mío, éste del otro lado de la familia, era Eduardo Rodríguez-Losada Trulock, a quien llamábamos Tarrada, nunca supe por qué; Tarrada no fue aviador más que durante la guerra, se hizo alférez provisional y me parece que llegó a teniente, pero cuando terminó la guerra volvió a su carrera de medicina. Tarrada era como un hermano para mí, tenía un par de años menos que yo y cuando murió, alrededor de los cincuenta años, yo me llevé un gran disgusto.

Cuando era niño pequeño emparentaba a los ángeles del cielo con los aviadores, los veía como a los ángeles del cielo y me imaginaba que los querubines y los serafines y demás habitantes del aire también volaban en escuadrilla pero con menos ruido. En mi familia, como vengo diciendo, hubo tres aviadores; no son muchos, es cierto, pero son lo que son y los tres tienen su rinconcito en mi ánimo y en mi memoria ■

NOTA DE LA REDACCION: En el pasado mes de julio el Director de Revista de Aeronáutica y Astronáutica solicitó a don Camilo José Cella si podría escribir para nuestros lectores un artículo que pudiera tener alguna relación con la Aviación, a lo que nuestro Premio Nobel de Literatura contestó con gran rapidez que aceptaba con sumo gusto nuestra petición y que como prueba de afecto hacia el Ejército del Aire lo haría desinteresadamente. En la mañana del 2 de octubre nuestro General Director mantuvo con él una larga y cordialísima entrevista en su residencia particular para concretar en líneas generales cuál podría ser el contenido del tema a publicar, y cuyo texto le entregó personalmente al General a las 12 de la mañana del 21 de octubre con la fotografía dedicada a nuestros lectores. Revista de Aeronáutica y Astronáutica se honra en ofrecer a nuestros lectores esta colaboración extraordinaria de un español de fama universal que ha poseído y defendido el nombre de España a lo largo y ancho del mundo entero. Esperamos que hayan disfrutado con esta colaboración especial de nuestro ilustre Premio Nobel de Literatura.